

## JACQUES MARITAIN Y EL NEO-MODERNISMO (\*)

(Le paysan de la Garonne).

POR

LOUIS JUGNET.

“¡Habláis de eficacia! El resultado será finalmente la defeción de una gran multitud” (pág. 141).

Redactamos este artículo casi con repugnancia, pues nos coloca en una situación bastante penosa: corremos el riesgo de disgustar a un cierto número de amigos, de los que unos nos reprocharán ser demasiado favorables a la obra de Jacques Maritain, y otros tener demasiadas reservas respecto a él.

En efecto, no podemos ni queremos olvidar todo lo que debemos a Jacques Maritain, cuya obra nos fue conocida a partir de 1930, desde el comienzo de nuestra vida de estudiante, al mismo tiempo que la del P. Garrigou-Lagrange y del P. de Tonquédec.

Posteriormente nos hemos entrevistado algunas veces con Jacques Maritain, quien nos mostró mucha afabilidad y bondad. Pero es sobre todo la lectura muy atenta de su obra la que nos ha enriquecido. Digamos más bien: de sus obras fundamentales

---

(\*) Con autorización expresa que agradecemos vivamente del autor y del Director de *La Pensée Catholique*, reproducimos del número 107 de dicha revista, año 1967 (Les Editions du Cèdre, 13, rue Mazarine, París) este importante trabajo de Louis Jugnet, Profesor de Filosofía del Institut d'Études Politiques de Toulouse, buen amigo nuestro, del cual en anteriores números de *VERBO* hemos tenido el honor de publicar los siguientes trabajos: núm. 30, “La advertencia del Santo Oficio sobre las obras del padre Teilhard de Chardin”, “Reflexiones sobre el teilhardismo”; núm. 54., “Teilhard y los no creyentes”; núm. 58, “Claudiel, Santo Tomás y Teilhard”.

Las citas que este artículo contiene de “Le Paysan de la Garonne” se refieren a la edición, en francés, de Desclée de Brouwer, 1966.

de filosofía pura, pues estamos en total desacuerdo con su obra político-social. ¿Cómo no recordar aquí lo que fueron, y lo que han seguido siendo, para tantos de nosotros, "*Trois réformateurs*", "*Antimoderne*", "*Réflexions sur l'Intelligence*" y "*La Philosophie bergsonienne*", (1). Pero estamos en total oposición con todas sus opiniones sobre la Democracia, la Historia, etc... y deploramos profundamente la audiencia que ha encontrado por la serie de obras que ha consagrado a este tema. Muchos tomistas actuales están por lo demás en el mismo caso, y solamente por irenismo no insistiremos en ello en este momento.

Si se hubiera tratado de hacer el análisis crítico de una "Summa" maritainiana, muy probablemente nos habríamos recusado, para evitar remover recuedos queridos mezclados con recuerdos penosos. Afortunadamente, "*Le paysan de la Garonne*" comporta, en el fondo, dos libros en uno solo: hay en él una reacción extremadamente viva contra el neo-modernismo reinante, y una repetición muy oscura y bastante zigzagueante a veces de temas gratos a Maritain, llenos de interés sin duda, pero ya tratados por él en la masa de sus obras anteriores. Sin duda esta reiteración contribuye, en el espíritu del autor, a sostener su grito de protesta contra las insanias actuales; pero, en fin, su crítica de éstas se basa perfectamente, y constituirá el único objeto de nuestro presente análisis.

Primera afirmación de Jacques Maritain: *Estamos en pleno modernismo* (¡menos mal, esto ya empieza a saberse!); *el neo-modernismo que florece hoy...*" (pág. 10) — "*La fiebre neo-modernista... comparada con la cual el modernismo del tiempo de Pío X* (2) *no era más que un modesto catarro de heno*" (pág. 16)—,

(1) Esto no implica que, incluso fuera de la filosofía de la Política y de la Historia, estemos de acuerdo con todas las opiniones de Jacques Maritain, incluso diremos que falta mucho. No creemos en modo alguno en el "tomismo existencial" que él defiende, conjuntamente con Etienne Gilson. Tampoco en su curiosa concepción de las relaciones entre teología y filosofía moral. Ni tampoco en su idea sobre las relaciones entre el arte y la moral. Y esta breve enumeración no es exhaustiva.

(2) ¿Por qué no "San Pío X"?

el modernismo desbocado de hoy" (pág. 19) (3). Y Maritain pinta un cuadro bastante evocador de las demoliciones doctrinales presentes. Es necesario degustar, si así puede decirse (ello es amargo, pero muy saludable) la página 17, palabra por palabra. Todo desfila allí... los ángeles, buenos o malos, "*supervivientes etéreos de una imaginería babilónica*"; el pecado original, el Evangelio de la Infancia, la resurrección de los cuerpos, la idea misma de creación, la distinción entre naturaleza y gracia y la transustanciación "*invenciones escolásticas*", el Infierno, la Trinidad, la Encarnación, la Cruz y la Redención, "*última sublimación de los antiguos mitos y ritos emulatorios*"... que tiene por conclusión la breve y terrible fórmula de la página 28: "*Todas esas gentes han simplemente cesado de creer en la Verdad*" (4). Si se tuviera la tentación de creer que el autor exagera, que se lea con toda la atención precisa el muy pintoresco análisis hecho por Maritain de las lucubraciones del Padre Schoonenberg (5) (págs. 226-232): El pecado original y la Redención son alegremente inmolados en nombre de eso que un eufemismo de moda llama "*una nueva presentación del dogma*". Maritain, desolado y sarcástico a la vez, maltrata sin compasión esas insanias, a las que algunos

---

(3) El autor añade: "*El vocablo modernismo ha envejecido, sin embargo no conozco otro mejor; y el haber envejecido le hace incluso particularmente bueno*" (pág. 16, núm. 1) que nos permitirá que nos remitamos aquí a nuestro artículo *Face au modernisme*, publicado en *Itinéraires* número 86 de septiembre-octubre de 1964, en el que se encontrará especialmente un cuadro sinóptico de las tesis modernistas antiguas y modernas.

(4) Maritain, que cree en la verdad, da una hermosa recopilación de textos escriturarios sobre esa Reina escarnecida (págs. 132-134).

(5) Jesuita holandés bastante destacado en la Compañía y cuyas opiniones sobre la Eucaristía han contribuido bastante manifiestamente, con las del Padre Smits, capuchino, a suscitar la Encíclica "*Mysterium Fidei*" de Paulo VI. Las grandes órdenes religiosas se entienden decididamente mucho mejor que en otros tiempos en las edades de oscurantismo, puesto que la crítica más insolente de la Encíclica fue entonces obra de los dominicos, en el demasiado famoso *De Bazuin* (cf. *La pensée catholique*, 99-99 bis páginas 54-57).

nos invitan en este momento a ver un signo magnífico de renovación intelectual...

Tampoco está demasiado satisfecho con la sexolatría de moda (cf. págs. 86-87) y cita muy oportunamente la feliz fórmula del Doctor Eck sobre el ilustre abate Oraison: "*Una especie de ontología con base sexual*" (pág. 30).

Si el mal es a la vez tan profundo y tan extenso, ¿de dónde viene? Sin querer invocar inmediatamente al Espíritu de Mentira, en el cual el mismo Maritain cree tan firmemente, a nivel de las causas humanas (capricho, tontería, pasión, etc...) se discierne con facilidad algunas raíces esenciales: la cronolatría epistemológica, la logofobia, la temporalización del cristianismo y el activismo.

Hay que felicitar y agradecer a Jacques Maritain el que haya designado en primer lugar al enemigo número uno que es el subjetivismo, y, más particularmente su forma evolutiva o movilista (6). Toda su vida, Maritain ha denunciado la idea imbécil (pero casi universalmente extendida en nuestros días), según la cual la verdad es función del tiempo, y lo nuevo, por fuerza superior a lo antiguo (7). Así entronca con el pensamiento magistral de Platón y de Aristóteles frente a Heráclito, Protágoras y

(6) Cf. págs. 25-28 —utilizamos habitualmente la palabra movilista, que está aceptada en el *Vocabulaire technique et critique de la philosophie* de Lalande, con preferencia a la palabra evolucionista, que para mucha gente hace pensar ante todo en las ciencias naturales.

(7) Cf. "*Es confundir el arte del filósofo y el del sastre, La clámide ya no se lleva, la túnica tampoco; por tanto, tampoco se debe estar con Aristóteles y Santo Tomás*" ("Une heure avec", de Frédéric Lefèvre, 1ª serie). "*Juzgar del tomismo como de un vestido que se llevaba en el siglo XIII y ya no se lleva, como si el valor de una metafísica estuviera en función del tiempo, es un modo de pensar verdaderamente bárbaro*" (*Le Docteur Angélique*, prefacio, pág. xiv. Cf. igualmente págs. xvii-xviii. Ver igualmente, contra una objeción de R. Fernández, *Les degrés du savoir*, págs. 6-8. Maritain no se detiene en separar el mito de una "razón dialéctica", es decir, evolutiva, y se comprende muy bien. Sin embargo, puesto que la inteligencia de muchos está enferma (sobre todo en... la intelligentia...) consagraremos un estudio posterior a esta pseudonoción.

Cratilo. Por otra parte empleará, con respecto al pensamiento dominante, la excelente expresión de "*Gran Sofística*" y dirá expresamente: "*Protágoras había ya formulado el gran axioma*" (pág. 159).

La logofobia, u odio de la inteligencia bajo su forma vital y espontánea, es la amable hermana de la cronolatría; la una puede ir sin la otra: si todo cambia sin cesar, si no existe nada inmutablemente verdadero, ¿cómo puede concederse el más pequeño valor a esta "*metafísica natural de la inteligencia humana*" (Bergson) heredada de los griegos, y que insiste sobre nociones como las de naturaleza, esencia, sustancia? Ahora bien, en ello se pone en juego la salud misma del espíritu: Si la naturaleza humana, para nosotros no podría devenir otra cosa más que ella misma bajo pena de absurdo, esta naturaleza puede ser cualitativamente alterada. El hombre no puede dejar de ser un animal dotado de razón, pero puede desvariar cada vez más gravemente. Este es el caso de muchos de nuestros contemporáneos, para los cuales las nociones más elementales, verdad, error, bien, mal, no quieren ya decir nada de nada. El esfuerzo de la mayor parte de los filósofos modernos consiste precisamente en tratar como acusado al pensamiento espontáneo, pre-filosófico (todavía no manipulado, se podría decir), en tanto que como ya lo decía tan bien Maritain en "*Le Docteur Angélique*": Si la razón natural vale algo, "*y si no mejor será ser vegetal que filósofo*", la doctrina que se desarrolla mejor en su línea auténtica "*¿no tiene todas las probabilidades de ser cierta también?*" (8).

La temporalización del Cristianismo es, además, el abandono del sentido de trascendencia, el desconocimiento del carácter radicalmente sobrenatural de la Fe, que tiene por corolario las consecuencias extraviadas que se sabe. El canónico Vancourt ya

---

(8) No se trata en modo alguno por otra parte de un recurso ciego al buen sentido. Sobre esto, los autores tomistas se han explicado sobradamente: es preciso recordar aquí una vez más la admirable obra del llorado Padre Garrigou-Lagrange: *Le sens commun, la philosophie de l'être, et les formules dogmatiques*, que se obstinan desgraciadamente en no reeditar.

había hablado de ello, con valor y moderación (9). Recomendamos muy particularmente la lectura de las páginas 85-98 ("De rodillas ante el mundo"), de las que son las siguientes sugestivas líneas:

*"En otros términos, ya no hay más que la tierra —completa temporalización del cristianismo (subrayado en el texto)— (página 88). Y este bonito trozo: Por ello se comprende por qué hay tres cosas de las que un predicador inteligente no debe hablar jamás, y en las que hay que pensar lo menos posible, aunque se tenga que recitar el Credo todos los domingos (pero hay tantos mitos en él...): —La primera cosa que hay que dejar en la sombra es evidentemente el otro mundo (puesto que no existe). La segunda cosa que hay que dejar en la sombra es la Cruz (subrayado) (ella no es más que un símbolo de los sacrificios momentáneos exigidos por el progreso). La tercera cosa que hay que dejar en la sombra, y que olvidar, es la santidad (subrayado), si es cierto que en el principio de la santidad hay en el fondo del alma... una ruptura radical con el mundo (en el sentido en que el Evangelio entiende esta palabra)" (pág. 90).*

El activismo es el correlativo de este error: Existe ahora "en muchos Cristianos", así como "en sacerdotes y religiosos cuyo número es alarmante", "una señalada tendencia a dar a la eficacia la primacía sobre la verdad" (pág. 140). Sigue el apóstrofe desilusionante que nos ha servido de epigrafe: "¡Habláis de eficacia! El resultado será finalmente la defección de una gran multitud" (pág. 141)...

Lo esencial nos parece que está contenido en lo que precede: la situación es, si se puede decir, terriblemente clara en tanto que nada eficaz venga a poner diques al mal, y que verosímilmente vamos a verle desarrollarse cada vez más en los días venideros. La apreciación de conjunto es severa y sin apelación: "El juicio merecido por los trabajos de los renovadores que acomodan la teología sea a la salsa teilhardiana, sea a la salsa fenomenoló-

(9) *La crise du christianisme contemporain* (Aubier-Montaigne, 1965) cf. nuestro artículo *Que devient notre christianisme?* en *Itinéraires* (núm. 108, diciembre 1966).

*gica, no es difícil de emitir: son obras de una fatuidad apasionada por servir a los ídolos del tiempo. Por efímeros que sean, esos hermosos trabajos amenazan con desconcertar completamente la conciencia cristiana y la vida de la fe; y, en lugar del verdadero fuego nuevo, exigido por nuestra época, no aporta más que el humo de un bosque podrido que no acaba de arder en llamas. Los pretendidos renovadores de que se trata son infortunados retrógrados que quieren volver al punto cero... retrógrados balbucientes que se creen vanguardistas"* (págs. 233-234).

Estamos muy satisfechos de ver por fin a Maritain tomar abiertamente posición, y en cierto modo oficialmente, contra Teilhard de Chardin (10). Pero hemos de decirnos con toda sencillez que encontramos su crítica a Teilhard de Chardin, así como la de Etienne Gilson, demasiado indulgente (11). Sin embargo, señala perfectamente el veneno teilhardiano del movi­lismo que se asemeja indiscutiblemente con el del marxismo:

*"... Una concepción puramente evolutiva (subrayado en el texto) en la que el ser está reemplazado por el devenir y en la que toda esencia o naturaleza establemente constituida en sí misma se desvanece"* (pág. 181). — Igualmente se lee (pág. 251): *"... Su evolucionismo, muy diferente del de Marx, pero tan radical o más radical todavía"*.

Si hemos dicho algunas palabras sobre Teilhard se debe a que es el inspirador fundamental del Neo-modernismo. Por ello se comprenderá que fieles a la distinción metodológica que hemos formulado al comienzo de nuestro artículo, no analicemos el muy largo pasaje consagrado por Maritain a la "ideosofía" (es decir la filosofía moderna en tanto que inspirada por el idealismo). Sin duda nos alegramos de ciertas fórmulas efectistas (12). Pero nos

(10) Págs. 173-187 y además los anexos I-II.

(11) Cfr. aquí las justas observaciones de H. Rambaud, en *Itinéraires* de abril 1967 ("La Garonne et le Danube").

(12) Cf. "un filósofo... no puede ser un idealista. Aparento decir una enormidad, pero es una verdad axiomática la que enunció (pág. 149). (Ver lo que ha escrito Gilson: "Querer pensar en el idealismo es querer pensar

parece que Maritain es un poco demasiado severo, si no para el mismo Husserl (el cual, efectivamente, ha permanecido radicalmente idealista), al menos para el método fenomenológico como tal. Por nuestra parte, nuestra posición con gusto se situaría entre la de Maritain, un poco demasiado radical quizá, y la de Vancourt que, en nuestra opinión, espera a veces demasiado del método fenomenológico (13).

Hasta aquí hemos tenido el placer de proclamar nuestro profundo acuerdo con Jacques Maritain. Sin embargo, es preciso expresar nuestro profundo desacuerdo con él sobre varios puntos importantes.

Entremos en primer lugar en un detalle que no es de los de mayor interés: Maritain, en la obra citada, no pierde ocasión de hablar mal de los profesores como tales. Visiblemente éstos le irritan. Evidentemente, en nuestros días, no tenemos buena prensa, y siempre se puede tener al público a favor hablando mal de nosotros, como de los gendarmes o... de los curas. Es una tradición muy antigua en Francia; pese a ello, se corre el riesgo de que no sea siempre justa...; y por añadidura, ¿qué hace entonces Maritain de uno de los aspectos esenciales de su carrera? Pero esto, después de todo, apenas tiene importancia (14).

Más grave es la actitud de Maritain con respecto a la tradición tomista: a los discípulos más fieles de Santo Tomás se les atribuyen grandes extravagancias intelectuales y se les hace responsables del fracaso del tomismo en la época moderna. No seremos nosotros ciertamente quienes neguemos el certero fun-

---

*lo impensable*". Y Dalbiez: "El idealismo no vive más que de fragmentos de realismo que él reincorpora fraudulentamente").

(13) *La philosophie et sa structure*, t. I, *Philosophie et la phénoménologie* (Bloud, 1953). *La phénoménologie et la foi* (Desclée et cie., 1955). M. Vancourt es uno de los mejores especialistas católicos de la fenomenología (ver su traducción de la obra de Nicolai Hartmann: *Les principes d'une métaphysique de la connaissance*, Aubier).

(14) Por otra parte, son los teólogos (en bloque) quienes reciben las mayores censuras (cf. pág. 357, núm. 1). La tecnicidad de su lenguaje les es inopinadamente reprochado como jerga. Son orgullosos, etc...

damento de un determinado número de agravios clásicos (ligazón ilegítima entre una excelente filosofía y una ciencia caducada; estrechez de ciertas sempiternas disputas de escuela; rutinas pedagógicas, etc...); pero en fin, como se ha dicho, el fondo era sólido y no deja de experimentarse un pequeño estremecimiento del corazón cuando se ven liquidar de un golpe tantos espíritus ilustres (15).

Si los antiguos tomistas (de los siglos XVI al XVIII) han desmerecido tanto, juzgad un poco de lo que pueden valer los vanguardistas del renacimiento tomista en la época contemporánea. Maritain no nombra casi a ninguno, salvo (gracias a Dios) al muy querido Padre Garrigou-Lagrange, y también a algunos de sus amigos personales, a los que un carisma verdaderamente inesperado ha hecho, junto con él, únicos clarividentes sobre el verdadero sentido del tomismo... los otros no son nada; se les trata caritativamente por el silencio o bien se les barre de un escobazo. No exageramos: en vano se buscará, por ejemplo, el nombre del Padre Billot para la teología, y del Padre de Tonquedec para la filosofía. Y "señores metafísicos" como el llorado Padre Gredt, O. S. B., son alegremente relativizados. Sin duda, sus "*Elementa philosophiae aristotelico-thomisticae*" (Herder, Friburgo, reeditado en Barcelona) son "*una obra de gran mérito redactada de la manera más exacta y más concienzuda... un perfecto modelo del género*", pero "*se tiene en las manos un aerolito caído del cielo, con todo lo que es preciso haber escrito sobre ello*" (páginas 202-203). Protestamos firmemente contra semejante apreciación no sólo porque tenemos personalmente una gran deuda contraída con el Padre Gredt, sino porque sabemos lo que muchos religiosos (de su Orden, en primer lugar) le deben en cuestión de rigor en su formación metafísica y de seguridad doctrinal.

Por lo demás, nos parece que el agravio formulado en dos palabras por Maritain es inoperante: además del estudio histórico del tomismo, en el cual se ha distinguido particularmente Étienne Gilson, ¿no es éste un estudio formal, riguroso, casi in-

(15) Cf. págs. 215-220.

cluso axiomatizado, de las tesis esenciales de la filosofía tomista contempladas esta vez en su significado propio y en su encadenamiento? (16).

Todo lo que precede no es nada comparado con lo que dice de las gentes de derecha y del integrismo: Gentes de derecha (en lo religioso y en lo político): Nuestro lote se sitúa desde la página 43 a la página 47. Estas páginas han exasperado a algunos de nuestros amigos y han irritado grandemente a otros. —¿Nos sentimos anonadados por ellas? Las tribulaciones e incompresiones soportadas durante una vida ya relativamente larga ¿nos han hecho insensibles? Reconozcamos que no hemos llegado a enfadarnos ni incluso a quedar contristados por esas páginas. Veamos más bien: Si las gentes de enfrente son los "*Corderos de Panurgo*" (\*\*), nosotros somos los "*Rumiantes de la Santa Alianza*". Ciertamente que los corderos reciben una buena ración: ellos hacen, en efecto, "*tan mezquina figura en materia filosófica y teológica (son fideístas, modernistas, todo lo que se quiera, con tal de estar al día*" (pág. 45) ... Evidentemente, tienen el sentido social, que les empuja hacia... la "*buena doctrina*", pero "*la estropearán más o menos*" (pág. 46) incluso en ese terreno... Su originalidad es nula: "*Lo que pone movimiento (a los corderos de Panurgo), es ante todo el respeto humano: hacer como todo el mundo, al menos*

---

(16) El objeto estrictamente delimitado del presente artículo nos prohíbe reanudar aquí el irritante debate respecto a la filosofía de la naturaleza: Jacques Maritain sostiene categóricamente que, en nuestros días, ya no existe filosofía tomista de la naturaleza a causa del trastorno aportado por las ciencias (págs. 206-208). Remítamos, pues, al lector a la indispensable *Philosophie de la Nature* del querido Padre de Tonquédec (Lethielleux), fascículo I, págs. 79-85, principalmente las págs. 83-84, dirigidas muy expresamente contra la posición del mismo Jacques Maritain.

(\*\*) Panurgo es uno de los principales personajes del "Pantagruel de Rabelais. Enemistado Panurgo, durante un viaje marítimo, con un comerciante, le compró uno de sus corderos, que arrojó al mar. El ejemplo y los balidos del cordero arrastraron a todos sus compañeros, que saltaron uno tras otro y en fila. El mismo comerciante fue arrastado por el último a quien trataba de retener y se ahogó con su rebaño. Esta escena crítica la extravagancia imitativa de las masas (nota de Speiro).

como todas las gentes que no son fósiles" (pág. 46), cf. pág. 44: "Fiebre de puja demagógica" ... conformismo agresivo... lo mucho de ilusión y lo poco de bajeza del que el idealismo gregario es inevitablemente portador... el sentimiento malsano de formar parte de los vencedores y de hacerlo potente". En cuanto a nosotros, nuestro caso es muy hermoso: "Cruelles frustraciones", "resentimientos amargos", "un recuerdo nostálgico", "decepciones", "sentimiento malsano", "que empuja a los vencidos a buscar su revancha", etc."; el lector de nuestro artículo que no haya leído *Le paysan de la Garonne* nos dirá que todo esto es muy imparcial, muy "objetivo" (palabra de moda como no hay otra) —tanto más cuanto que el mismo Maritain declara formalmente. "No sé lo que detesto más"— y que debemos apreciar el "satisfecit" que sin embargo nos concede: la verdadera acción personal y el espíritu de resistencia a la facilidad están actualmente de nuestro lado, incluso si se nos considera equivocados y riñendo una batalla perdida de antemano.

Solamente —¡solamente!— hay las famosas páginas 235-237 sobre el monstruo integrista... Hemos de reconocer que al leer esto se ha apoderado de nosotros la tristeza y también una indignación ante esas páginas tan injustamente malévolas: "... Lo que se llama (¿quién lo llama?) Integrismo es una miseria del espíritu nefasto a doble título" (pág. 235), primeramente en sí mismo, después en sus consecuencias.

En sí, el integrismo es "un abuso de confianza cometido en nombre de la verdad: es decir, la peor ofensa (sic) a la verdad divina y a la inteligencia humana". Efectivamente, el integrismo repite machaconamente fórmulas "que congela en los refrigeradores de una inquieta policía de los espíritus", pero "no es la verdad (subrayado en el texto) lo que en realidad le llega al alma y a la que tiene presente ante todo" (pág. 235). Busca solamente "medios humanos de seguridad" (subrayado en el texto): "es para la comodidad del intelecto que busca la fijeza (fixité) tranquilizante, dándole a poca costa una buena posición de fidelidad, de coherencia interior y de firmeza" (ibid.), sea por razones de

comodidad, personal o colectiva, de las autoridades religiosas. Maritain, más honrado y más inteligente que la plebe de los neomodernistas y de los pequeños periodistas teledirigidos que juegan a Padres de la Nueva Iglesia, reconoce, de paso, la buena fe (¡muchísimas gracias!) de muchos "integristas", y concede sin dificultad: "*que incluso hay algunos que son de gran valía*" (pág. 236). Lo que todavía suena mejor cuando para decirlo se emplea una frase célebre...

Pero las consecuencias socio-políticas de la mentalidad integrista son catastróficas, pues ella "*ama tiernamente la fuerza y el autoritarismo brutal, sobre todo cuando vienen de un poder usurpado (¿?), desprecia al pueblo, etc....*" ¡Eureka! Maritain está entregado a uno de sus arranques fóbicos contra una escuela y un maestro, que por otra parte se lo supieron devolver debidamente...

¿Qué decir de este desconsolador pasaje? El tiempo —y el deseo— nos faltan para discurrir detalladamente sobre él. Recordemos, sin embargo, pacientemente, algunos puntos esenciales y siempre desconocidos: 1) La palabra "integrista" no figura en *ningún* documento del Magisterio romano, en tanto que la de "modernismo" se encuentra en ellos muy repetidamente. No existe, pues, simetría alguna entre ellas. 2) Si el integrista existe ("*dato, non concessio*", como dicen los escolásticos) constituye a lo más una singularidad a veces provocativa, pero, en fin de cuentas, *no recubre, a diferencia del modernismo, ningún contenido doctrinal propiamente dicho y defiende la pura doctrina católica tradicional*. Incluso si lo hace de un modo un poco desagradable (especie de purismo intelectual) no la arruina por la base como lo hace su adversario modernista, antiguo o actual. Es, pues, soberbiamente extraviado llamarle "*la peor ofensa a la verdad divina*". Y es enteramente contrario a la caridad y a la equidad ir a sondear las interioridades, juzgar a los "integristas" (en el sentido en que el Evangelio nos prohíbe "juzgar" pretendiendo (¿qué sabe de esto Maritain?) que "*no es la verdad lo que en realidad les llega al alma*").

Desearíamos, por el honor de todos, que ese pasaje desapareciese de una eventual reedición del *Paysan de la Garonne*. Pero apenas lo esperamos, pues desgraciadamente Maritain ha tomado partido sobre ello desde hace unos cuarenta años aproximadamente...

Ahora debemos concluir:

En el estado actual de descomposición en que se encuentra el mundo intelectual católico, arrastrado "en el viento de la Historia", sin hablar de la tropa indisciplinada que le sigue (17), la publicación y la difusión de *Le paysan de la Garonne*, bien pesadas todas las cosas, nos parecen saludables, no obstante los temores y las reservas de algunos de nuestros amigos. Sin entrar en más detalles, en todo caso, es a la gente de enfrente a quien corresponde gritar "¡Tocado!", incluso teniendo derecho a reprochar a Maritain su severidad para tales o tales de entre ellos que le prestaron oídos en tiempos anteriores. Evidentemente, se estará tentado de pensar que esta defensa de la verdad religiosa y filosófica no servirá en definitiva para gran cosa, puesto que no es escuchada, ni de los principales destinatarios, ni, parece ser, de personas situadas más alto y que tienen cura de almas. Lo que hacía decir recientemente a Gonzague Truc; "*En otros tiempos (este hermoso libro) hubiera sido una de esas apologías o "defensas" que defendían las causas difíciles, y hubiera ocupado un primer lugar. Hoy, y en el estado de descomposición moral y mental en que ha caído el mundo, es difícil creer que pueda tener todavía alguna utilidad.*" (*Les Ecrits de Paris*, marzo de 1967). No llegaremos hasta eso, pues una obra semejante puede ilustrar a los titubeantes, tranquilizar a los que están conturbados, inquietar a ciertos errantes honrados, suministrar referencias o citas altamente provechosas, etc...

Terminaremos, por tanto, este artículo, que algunos, ¡ay!, encontrarán, como Jacques Bainville encontró al tratado de Ver-

---

(17) "Su poca inteligencia y su falta de cultura... Intelectualmente retrasadas y afectivamente impúberes" (Marcel de Corte).

salles, "demasiado duro para lo que tiene de suave, demasiado suave para lo que tiene de duro", con una cita del mismo Maritain:

*"Son siempre los pequeños equipos y los pequeños grupos quienes han hecho las grandes obras. Parece que en nuestro tiempo debe suceder lo mismo más que nunca, precisamente porque será (ya lo es) una edad de masificación por la técnica... Más que nunca es cuestión de pequeños equipos y de pequeños grupos el luchar con la mayor eficacia por el hombre y por el espíritu... Tales irradiaciones invisibles llegan lejos, tienen en el orden del Espíritu la misma clase de increíble poder que la fusión del átomo en el orden de la materia"* (págs. 249, 251 y 252).